

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
En provincias. Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

El amor de Dios y el amor de los hombres.—La Oracion del huerto (poesia).—Leyendas moriscas: la predicción (continuación).—A María al pie de la Cruz (poesia).—Quien mal anda mal acaba (cuento del siglo xvii): La hija del espadero (conclusión).—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional. (continuación).—Modas.—Explicación del figurín.—Explicación del grabado de crochet.

EL AMOR DE DIOS Y EL AMOR DE LOS HOMBRES.

En estos dias de llanto y de amargura, en que nuestra Santa Madre la Iglesia nos recuerda amorosa el sangriento sacrificio, la inmensa prueba de amor de su divino esposo el Hombre-Dios, es sin duda el tiempo mas á propósito para que fijemos nosotros la consideración en tan altos y sagrados misterios: es el tiempo mas á propósito para reconocer nuestro olvido é ingratitud y para reconocer los infinitos beneficios que debemos á nuestro Divino Redentor, que nos ama con tal fineza, que derramó su preciosísima sangre para libertarnos de la esclavitud de la culpa y elevarnos á la inmensa altura de la inmortalidad. Las amarguras y persecuciones de

un pueblo ingrato, la injusticia de unos jueces perversos, las afrentas y crueldades de unos verdugos impíos, no fueron suficientes para que el Divino Redentor retrocediese en su heroico sacrificio. Obediente y resignado á la voluntad de su Eterno Padre, teniendo siempre presente que solo ofreciendo su preciosa vida en expiación de las maldades del mundo podrian los hombres esperar una vida de felicidad y redención, la entregó gustoso en el sangriento Calvario. Allí, en presencia de sus verdugos, de los representantes de una generación de ingratos, quiso darnos la mayor prueba de su divino amor.

Ya nada tenia que entregarnos. Su vida nos la daba: su perdón tambien. En la Cruz nos dejaba la misteriosa puerta del paraíso. ¡Qué última fineza nos iba á hacer! Su infinito poder, fecundo en beneficios, nos quiso dejar un amparo, un consuelo, una felicidad inagotable. ¡María, su Madre! ¡Oh! Amor sobre todos los amores, amor infinito, incomparable: amor, en fin, de un Dios Todopoderoso, despréndete del objeto mas querido á tu corazón; lo último que te resta en la tierra, en cuanto hombre, es tu Madre. ¡Cómo creer que María podria acoger en su amante seno al pueblo impío y á los hijos ingratos y crueles

que sacrifican á su Hijo, que le persiguen, que le calumnian, que le crucifican? Pero, ¡cuánta felicidad es la nuestra! María es la Virgen sin mancilla, es la criatura incomparable, es la mujer fuerte de la Escritura, es la paloma sin hiel, es, en fin, la Madre de Dios. Ella nos admite, no recuerda los dolores que la hemos causado: olvida la dolorosa Pasión de su divino Hijo, no la aqueja ningún padecimiento; es la esclava del Señor, y cumple la suprema voluntad. Ya no llora por el Hijo que perdió, sino por los hijos que ha adoptado al pie de la Cruz; por ellos es su duelo, por ellos su cuidado, por ellos palpita su amante seno. Ya todos los hombres son hermanos: allí ofrecimos amarnos los unos á los otros, ampararnos, socorrernos y contribuir, con tan fraternal unión, á hacer nuestra temporal y eterna felicidad. Hoy nos pregunta la Santa Madre Iglesia si lo hemos cumplido; ¡qué contestaremos? ¡Qué hemos de contestar? Que sin amar á nuestro Dios, mal podemos amar á nuestros semejantes. Que así como el pueblo impío desconoció á su Dios y le persiguió hasta llevarle al suplicio, así nosotros desconocemos nuestra propia sangre, y poseído nuestro corazón de la envidia, del egoísmo y de la ambición, todo lo sacrificamos á nuestras desgraciadas pasiones, y hollamos la justicia, y desoímos la razón, y negamos el socorro ó la protección que necesitan, y olvidamos que estamos unidos por la desgracia de nuestro primer padre Adán, y partimos la dicha inmensa de la redención ganada por el glorioso signo de la Cruz, que, en vez de cubrir con el piadoso manto de la caridad las flaquezas de nuestros hermanos, las mismas que tenemos nosotros tal vez mayores, nos atrevemos á juzgarlas y hacer pública su afrenta. Mas si hemos olvidado á nuestro Redentor, á nuestro divino Maestro, ¿cómo no olvidar sus saludables lecciones, lecciones que dejó escritas con su purísima sangre?

Esto es lo que podemos contestar á nuestra Santa Madre en estos días de llanto y de arrepentimiento. Lloremos nuestro olvido, lloremos nuestra ingratitud, lloremos el haber calumniado y perseguido á nuestros hermanos, concedamos generoso perdón á los que nos han ofendido: al pie de la Cruz no podemos llevar rencores, sino amor. Al pie de la Cruz está María, nuestra Madre. ¡Qué sería de nosotros si

esta divina Señora apartase de nosotros su mirada de misericordia, si recordase los tormentos de que hemos sido la causa! Mas en ese lugar sagrado no hay mas que amor, arrepentimiento y redención.

MARÍA JUANA QUINTANO Y MEDINA.

LA ORACION DEL HUERTO.

La Reina de las sombras ocupaba
El alto trono que dejó vacante
El padre de la luz, mas no ostentaba
Su corona de estrellas rutilante.

Y envolviendo entre lóbregos vapores
De tempestad su lámpara de hielo,
Negaba los dudosos resplandores
Del sol nocturno al pavoroso cielo.

La creación dormía silenciosa,
Y una ráfaga leve no agitaba
Del Olivete la corona hojosa;
Solo el torrente del Cedron sonaba;

Pero con tan monótono ruido,
Que el alma amedrentaba y oprimía,
Aun mas que melancólico gemido,
Como el ronco estertor de la agonía.

Era la noche de dolor del Justo,
Que orando en soledad puesto de hinojos,
Se preparaba al sacrificio augusto
Anegados en lágrimas los ojos.

Y el supremo dolor de su alma pura
La creación entera entristecía,
Mientras en paz, bajo la sombra oscura,
El hombre, sueños de placer dormía.

JESUS.

Padre, Señor, resignado
Á tu voluntad estoy,
Y beberé hasta las heces
El cáliz de la aflicción.
Nunca á las sangrientas aras

Mas resignada que yo
 Habrá llegado otra víctima
 A ofrecer su expiacion.
 Mas mi carne es flaca y tiemblo,
 Perdóname mi temor,
 Y da fuerzas á mi carne,
 Que es de mortal condicion.
 Perdona, Señor, mi llanto,
 Y atiende ¡oh Padre! á mi voz,
 Porque la fuerza me falta...
 Y la hora santa sonó.

—
 Dijo.—Las sacras bóvedas
 Del cielo se rasgaron;
 Miles de astros lumínicos
 Los aires incendiaron;
 Una celeste música
 Los ámbitos llenó;
 Y en una nube cándida,
 De soles, sol brillante,
 Un celestial espíritu
 Con alas de diamante,
 Batiendo auras suavísimas,
 Del cielo descendió.

—
 Cruzó las auras súbito
 Cual súbita centella;
 En los espacios diáfanos
 Marcó dorada huella,
 Como en nubes de púrpura
 El sol cayendo al mar,
 Y arrebatado en éstasis
 El justo que gemía,
 Sintió en la calma plácida
 Dormirse su agonía;
 Sintió las auras célicas
 Sus lágrimas secar.

—
 Y oyó una voz dulcísima
 Como el adios sentido,
 Que en la postrera ráfaga
 Del céfiro querido,
 Exhala el bosque trémulo
 Viendo al abril partir.
 Voz, que en cuanto al pobrísimo

Lenguaje de este suelo,
 Es traducible un cántico
 Sin palabras del cielo,
 Un himno de los ángeles
 Así vino á decir:

EL ANGEL.

Hijo del hombre, alienta: un solo esfuerzo,
 Y tu mision termina. ¡Qué es un día
 De luto en el espacio? ¡Qué una gota
 De sangre en mar sin fondo y sin orillas?
 Y una gota de sangre, un día amargo,
 Redime al mundo y al infierno abisma...
 Un día amargo, una sangrienta gota,
 Y el mundo con su Dios se reconcilia.
 Solo está el Justo en el tormento, solo
 Le ven los hombres cuando el rostro inclina,
 Exhalando el gemido postrimero,
 Que al parecer se pierde entre la brisa.
 Pero hay un Ángel santo que sus lágrimas
 Recoge al descender de sus mejillas,
 Y que con su suspiro postrimero
 Á Dios las lleva como ofrenda rica.
 Ni eres Tú el solo que en el mundo llora:
 Tú á una santa verdad te sacrificas,
 Y fecundo será tu sacrificio.
 Mas ¡cuántos siervos de ilusion mentida
 Antes que Tú subieron á la cumbre
 De un Gólgota sangriento! Todavía,
 ¡Cuántos han de subir cuyo sepulcro
 No será como el tuyo ara divina,
 Sino blanco continuo del desprecio,
 Hasta que el tiempo su memoria estinga!
 Inclina hácia la tierra tus oídos
 Y oye el gemido de dolor y de ira
 De la fe humana que en la sombra llora:
 Comuníquete aliento en tu fatiga.

UNA VOZ ENTRE LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE

—
 ¡Mis lágrimas riegan estéril arena!
 ¡Arena la sangre que brotan mis pies!
 ¡El eco remeda mis gritos de pena,
 Y el viento los lleva llorando tambien!

—
 Es tierra extranjera la tierra que piso,

Donde es ignorada mi lengua natal;
Si á alguno hablar quiero, me escucha indeciso,
Y, como de un loco, mofando se va.

Yo no sé otra lengua, y de sed muriendo
Y fatiga y hambre caminando voy;
Rastreando, los ojos en torno volviendo,
Mi ser maldiciendo, dudando de Dios...

La noche está oscura, resuena á lo lejos
Mordiendo sus grillos furiosa la mar,
Y á intervalos solo con rojos reflejos,
Mis pasos alumbra la luz del volcan.

Yo siento, cual virgen lanzada á las fieras,
La tierra medrosa temblar de pavor;
Y rocas que osaban retar altaneras
Al rayo, al abismo, caer en monton.

Quizá descontento del mundo su hechura,
Jehová, que es la ciencia, y el orden y el ser,
Su embrion al espacio lanzó á la ventura,
Y de él su mirada quitó con desden.

Y el mundo entregado de pronto á si mismo,
Surcando el espacio tan trémulo va,
Cual ciego que á tientas, sin guia á un abismo,
Por senda escabrosa pretende bajar.

Tan solo á lo lejos dudosa una estrella
Mis pasos dirige—¡mi faro será!
Entre un mar de sombra tranquila destella,
Cual suele entre errores celeste verdad.

Mas ¡ay! es tan lejos... y ¡quién sabe? acaso
Será un meteoro de falso esplendor;
Será un fuego fatuo, cuyo brillo escaso,
De tumba lejana de noche brotó.

¡Ay! fuerzas me faltan, y solo, perdido,
No tengo un hermano que ayuda me dé;
El eco remeda mi triste gemido,
Y el viento le lleva llorando tambien!

EL ÁNGEL.

Rodando va esa voz de siglo en siglo
Sin que otra voz amiga la responda,
Porque hay para la fe muchos calvarios
Y coronas de espinas punzadoras.
Y nada mas que el Ángel de esperanza
Acude á su clamor, como yo ahora
Al tuyo he acudido, Hijo del hombre;
Sufre y espera, Dios no te abandona.

Y el cáliz de la amargura,
Con una mano ofreciendo
Al Salvador, tristes lágrimas
Sus ojos tambien vertieron.

Bebió Jesus el amargo
Licor; con nevado lienzo
El Ángel secó su frente,
Bañada en sudor sangriento.

Y dejándole abismado,
Casi perdido el aliento,
Sobre la roca en que oraba,
Tornó á levantar el vuelo.

Y en tanto, gentes armadas
Penetraban en el huerto,
Siguiendo al traidor discípulo
Que vendia á su Maestro.

CÁRLOS RUBIO.

LEYENDAS MORISCAS.

LA PREDICCIÓN.

(Continuacion) (1).

II.

Todo habia quedado silencioso y sombrío. Las luces se habian ido apagando poco á poco, y cada cual, despues del festin, se habia retirado á buscar el descanso del placer real, con el gozo del aletargamiento.

Las indolentes moras descansaban muellemente

(1) Véase el número anterior.

en sus almohadones de damasco carmesí, y cada una encerraba en su pecho una ilusión, ó deploraba un deseo, ó lloraba una ilusión perdida, ó gozaba con una esperanza dulce.

Aquel silencio tenebroso hacia gran contraste con la algazara y animación que pocas horas antes se oía.

Algunos moriscos, embozados en sus blancas ó encarnadas capas, salían del real palacio dirigiéndose á sus moradas, llevando impreso en su corazón algún recuerdo grato ó algún desden doloroso.

Todos los pechos se agitaron según la intensidad del placer ó el hastío, hasta que el sueño fue embargando poco á poco aquellos seres, tan bulliciosos y decididos mientras estuvieron inspirados por la hermosura y perfumes del *palacio real*.

Ya solo se oía el vientecillo ligero mover las copas de los espesos árboles de aquellos inmensos bosques y los surtidores de agua de las fuentes, y los pasos de los atalayas que nunca dormían, y que entonaban á media voz cantinelas mientras se paseaban por los amurallados torreones.

Sin embargo, la traición nunca duerme, ni los amantes que han de verse en aquellas horas en que todos cierran los ojos y los oídos, tampoco se entregan al descanso con la presteza que los demás.

Zulema no dormía. Zulema se levantó de un diván donde reflexiva se había echado, y dando con la punta de su pequeño pie, encerrado en una china bordada de oro, á una esclava tendida delante de la puerta de su aposento, se convenció de que estaba embargada por un sueño tenaz como el que el opio produce.

—¡Siempre con su embriaguez! exclamó sonriendo. Tanto mejor para mí.

Esta noche no tendré que darla una joya para que guarde silencio, para que no diga nada á mi hermano. ¡Pobre esclava! ¡ahora eres solo una masa informe sin sentidos ni voluntad!...

Y saltando por encima del cuerpo de la esclava, cruzó una galería, cubiertas sus ventanas de espesa arboleda, y ágil como una alondra se deslizó por las ramas de uno de aquellos copudos árboles, como lo hiciera un muchacho á quien sorprendiese el guarda cogiendo frutos.

Después se acercó á una puertecilla baja y de

hechura de bóveda, y abriéndola con presteza con una llavecita que al efecto traía, se encontró en el campo, á la falda de Torre-Bermeja, que lindaba por un lado con la preciosa casa de la morisca.

Se internó entre los árboles, sentándose al pie de uno de ellos, y quedándose tan inmóvil como si no existiese siquiera.

Allí permaneció mucho rato, escuchando el medroso rumor de las hojas, donde parecía se arrastraban hasta ella reptiles y se elevaban sombras espantosas.

Otra que no tuviese el valor que Zulema, moriría de terror; pues se contaban mil apariciones de personajes encantados y princesas que vagaban por aquellos sitios después de muertas por la tiranía de su señor ó por causas extraordinarias y terribles que llevaban el fanatismo hasta el más aferrado imperio.

Los árboles parecían gigantescos escuadrones que armados y en silencio están prontos á caer sobre una fortaleza.

El viento de la noche había humedecido los hermosos cabellos de Zulema, y sus sienes abrasadas latían con esa languidez que sucede á la fiebre.

Ocupada su mente con una sola idea, apenas preveía el peligro que corría allí á aquellas horas, ni lo que llegaría á sucederle el día que su hermano llegase á saber sus amorosos devaneos.

Pero ella amaba con ese delirio que quema el corazón y abrasa la idea, que no deja lugar á prever lo funesto, y si se prevé, se arrostra por todo, como el soldado que al saltar una muralla sabe que van á recibirle con las bayonetas ó las gúntas, y sin embargo acomete la empresa, porque tiene en más su desnudo que su vida.

¡Morir! ¡Qué le importaba á Zulema morir!

¡Si fuese cristiana, pensaría en la eternidad!

¡Pero ella, ella á quien negaban la existencia de un espíritu que ha de sobrevivir á las miserias de la tierra, ¿qué podría aguardar por sus penosos sacrificios?

Una mujer cristiana no doblega su frente ante un Rey, si este, fiado en su poder y en su grandeza, la elige por su dama.

Porque su honor vale más que todas las grandezas y los tesoros del mundo.

Ni el mismo amor, esa pasión que ciega y enloquece, la hacen rebajarse nunca á la escala de degradación si su alma abriga sentimientos religiosos y ha sido educada por una de esas cristianas madres que las enseñan á amar el deber á mas altura que la existencia.

Á Zulema no se le habia dicho que huyese del peligro, que cuanto mas amase mas se alejara del imposible, que el mismo hombre que aconsejaba la caída era el mas mortal enemigo de la debilidad, ni esas mil lecciones que la virtud prodiga á la inesperienza; y Zulema habia amado al Cain de la raza mora, al mal hijo de Abu-Abdalá, al jefe de rebelion de los alfakies, al traidor é implacable Mohamad, que fue al cabo el tirano del mejor de los padres y de sus tres virtuosos hermanos Jusef, Alí y Almad.

Zulema le habia amado porque era hijo de un Rey, porque su carácter impetuoso y altivo le habia fascinado, porque aquel hombre que con su altanería desdenaba cuanto veia á su alrededor, la habia llamado hermosa, y en las tranquilas noches solitarias habia cantado al pie de sus rejas lindas trovas de amor, magnetizándola con su dulce voz mezclada con los aladores céfiros impregnados de azahar.

Ella solo habia visto al regio amante sin penetrar las miserables debilidades del hombre.

Habia escuchado la pasión sin analizar lo terrible de los contrastes que forman las malas pasiones.

No se habia detenido á estudiar el carácter ambicioso, pérfido, falaz, rencoroso, irascible, vengativo, del que ora se arrastraba á sus pies instigado por un deseo, por un capricho venal.

Cuando una voz amorosa murmura dulces frases al oído de la mujer, las faltas del hombre se atenúan, se mira la superficie, temiendo descubrir el fondo; una cadena de dorados eslabones se presenta á la ciega vista, sin ver el calabozo donde se encuentra suspendida, y en el cual ha de sumergirse al cabo el temerario ser que toque sus eslabones.

Zulema habia amado hasta el delirio. Habia sido algunos dias todo lo desdeñosa que se puede ser para ser amada; despues se habia oscurecido su inteligencia por la pasión, y habia sido todo lo amante posible para entibiar un amor. Mas tarde habia tenido celos, demostrándolos al hombre altivo, y

su carácter avieso y voluble se habia gozado en aumentarlos y escarnecerlos con infinita crueldad.

La pendiente de este amor fue tan rápida como son siempre esos amores de lumbre, que duran el solo tiempo en que se estingue la llama.

Mohamad conoció el hastío apenas terminó la súplica.

Primero amó con locura, luego con goce mas tibio, despues con indiferencia, y últimamente con tedio.

Mohamad era inconsecuente como la mariposa, y vengativo y tenaz como la insaciable abeja.

Casi habia aborrecido á aquella mujer porque habia llorado á su vista y le habia hecho sufrir con sus quejas.

Su egoismo no permitia escenas de infortunio.

Los seres que no supieran darle goces, de nada servian para él; eran las quejas y las lágrimas un suplicio insoportable: despertaban su furor y ahogaban su sensibilidad.

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

A MARÍA AL PIE DE LA CRUZ.

SONETO.

Vertiendo de su amor la luz radiante
y la eterna verdad de su doctrina,
El Hombre-Cristo con valor camina,
y en la Santa Ciudad entra triunfante.

La aleve turba, con feroz semblante,
ciega se burla de su fe divina,
le proclama impostor y le asesina,
sin que delito tan atroz le espante.

Una mujer de castidad ilesa,
madre infeliz de corazón fecundo,
con llanto riega la cerviz que besa.

Muere tambien, y en su dolor profundo
deja sublime la verdad impresa
de que es su amor la salvacion del mundo.

A. ALCALDE VALLADARES.

QUIEN MAL ANDA MAL ACABA.

CUENTO DEL SIGLO XVII.

(Conclusion) (1).

—En marcha, muchachos, les dijo el encubierto á los conductores de la litera, despues de colocar en el interior á la jóven; apretad las piernas.

Pero en aquel momento apareció maese Andrés, que, habiendo escuchado al llegar á la calle la voz angustiosa de su hija, se arrojó fiero como un tigre, con la espada y daga desnudas, sobre los raptos, gritando:

—¡Atras, cobardes! ¡Atras!

—Huid con ella, señor conde, exclamó Montño, dando un salto de costado y desnudando su acero, que yo escarmentaré á este pelaire.

Y cruzó su hierro con el de maese Andrés, seguro de contenerle.

Pero el aventurero se engañaba; el padre de Ana era demasiado diestro, y hubiera indudablemente acabado con él, si el otro encubierto, despues de des- pedir á los de la litera, no acudiese á ayudarle.

Maese Andrés empezó entonces á cejar, abrumado por sus dos adversarios, y la lucha hubiera terminado pronto, segun la prisa con que acosaban al pobre espadero, si un nuevo combatiente no viniera en su auxilio.

Era el presunto esposo de Ana, Alonso Mateo, que acudiendo, como lo hacia todas las noches, á ver á la jóven, y encontrándose con aquella escena, cerró sin dilacion con Montño, gritando á su maestro:

—Entendeos vos con ese, que este corre de mi cuenta.

Maese Andrés, reanimado de nuevo, volvió á acometer de tal modo, que el encubierto, á pesar de su destreza, se vió en la precision de perder terreno; pero de repente se tendió á fondo con una estocada baja, diciendo:

—Para esa, villano.

—Ya está, ¡vive Dios! replicó Andrés evitándola; y sin darle tiempo á recogerse, le tiró un tajo, que,

alcanzándole en el brazo izquierdo, le hizo saltar la daga.

Entonces el encubierto lanzó una maldicion terrible, y rápido como un relámpago, amartilló un pisto- lete, y encarándole hácia su adversario, hizo fuego.

La bala se hundió en el pecho del padre de Ana.

—¡Me has muerto, traidor!... exclamó Andrés ca- yendo.

La lucha terminó: el jóven Alonso acudió á socor- rer á su maestro, y los dos encubiertos huyeron de la calleja en la misma direccion que llevaron los de la litera.

II.

Son pasados dos dias desde el anterior suceso.

Maese Andrés se encuentra próximo á espirar de resultas de su terrible herida.

Á la cabecera de su lecho, con una solicitud filial, se encuentra el jóven Alonso, presa de un dolor pro- fundo.

—Alonso, dijo el espadero con voz moribunda: yo dejo de existir con el horrible desconsuelo de no sa- ber lo que será de mi querida hija.

Tú eres, despues de ella, la persona á quien mas cariño profeso en el mundo, y antes que se cier- ren para siempre mis ojos á la luz, quiero hacerte un encargo que me jurarás solemnemente cumplir.

—Hablad, señor, hablad.

—Ya te he dicho que esa daga que yo hice saltar, durante el combate, de manos de mi asesino, tiene en la taza un escudo de nobleza, que es indudable- mente el de D. Juan de Tássis, conde de Villamedia- na, y eso es una prueba de que él ha sido el raptor de mi hija.

Así, pues, júrame que no descansarás hasta arran- car á Ana de los brazos de ese infame seductor.

Júrame que lavarás mi honra mancillada y que servirás á mi hija, que queda sola en el mundo, de protector y égida.

—¡Os lo juro por la gloria de mi madre!...

—¡Gracias, Alonso! El cielo te recompense el in- menso servicio que me... ha... ces...

El espadero no pudo proseguir; el esfuerzo hecho para sostener la anterior escena consumió lo que le restaba de vida, y quedó cadáver.

(1) Véase nuestro número anterior.

Alonso se arrodilló á los pies del lecho, y se puso á orar; despues cubrió con una de las sábanas el cuerpo de su maestro, y abandonó la estancia con objeto de disponer que se le sepultara.

Descendió por la escalera, repasó el zaguan, y al abrir la puerta de la calle, un grito indescriptible se escapó de sus labios.

—¡Ana!... exclamó al encontrarse frente á frente con la jóven que en aquel momento se disponia á llamar.

—¡Alonso!... dijo ella precipitándose en el interior. ¿Y mi padre? ¿Qué es de mi padre? prosiguió con acento angustioso dirigiéndose acelerada á la escalera.

—¡Deteneos por Dios! replicó su prometido cerándola el paso. ¡Vuestro padre acaba de morir!...

—¡Cielos!... exclamó Ana, cayendo presa de un terrible accidente en los brazos del jóven.

III.

Apartemos la vista de tan doloroso cuadro, y pongamos al corriente á nuestras amables lectoras de lo que ocurrió á la desventurada hija del espadero desde que cayó en poder de sus raptos.

La litera fue conducida á casa del conde de Villamediana, que efectivamente era el encubierto á quien Andrés hirió en la mano obligándole á soltar la daga poco antes de recibir el pistoletazo causa de su muerte.

Allí recobró la jóven la razon, y como todos los esfuerzos del conde fuesen inútiles para vencer la acrisolada pureza de Ana, se la propinó un narcótico, á favor del cual cayó indefensa en los brazos de su raptor.

Pero el mismo dia que este crimen fue consumado, una escolta de ballesteros del Rey prendió al conde de orden de S. M., obligándole á salir de la corte á causa de haber escrito unas sangrientas sátiras contra el duque de Lerma, favorito á la sazón, y otros personajes distinguidos.

Este incidente inesperado motivó tambien que al amanecer del siguiente dia, y cuando Ana lloraba sin consuelo abrumada bajo el peso de su terrible infortunio, penetrase en su estancia un hombre, cubierto

el rostro con una mascarilla de terciopelo, el cual, entregándola un manto, la dijo:

—Vais á ser conducida á casa de vuestro padre; pero saldreis de aquí apoyada en mi brazo, con los ojos cubiertos, y sin desplegar los labios ni tratar de arrancaros el cendal hasta que se os avise. Si seguís en un todo estas instrucciones, no sufireis daño alguno; pero como intenteis contrariarlas en lo mas mínimo, os partiré el corazon con la punta de mi daga.

Ana se quedó muda de espanto ante aquella amenaza terrible; pero ansiando verse en libertad cuanto antes, se cubrió con el manto, dejó que la vendaran los ojos, y asiéndose trémula del brazo de aquel hombre, salió de la estancia.

Al poco rato, y despues de descender por una escalera, oyó rechinar una puerta, y sintió el fresco de la mañana.

Entonces conoció que se hallaba en la calle.

—Cubrios bien, y marchad con seguridad, la dijo su conductor.

Ella obedeció, y despues de una media hora de camino, sintió que su acompañante la abandonaba, diciendo:

—Podeis descubrirlos, señora.

Ana se arrancó la venda, y se halló en la entrada de la calleja de San Ginés.

Un embozado doblaba con rápida planta la esquina: era su conductor.

Las sombras de la noche huían, y el primer fulgor de la aurora coloraba apenas el azul crespon del cielo.

Entonces fue cuando la jóven se dirigió á la puerta de su casa, y se halló frente á frente con Alonso.

Lo demas ya lo hemos referido.

IV.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE.

Han trascurrido tres años desde los acontecimientos anteriores.

Ana, la desgraciada Ana, presa de una melancolía terrible, y abrumada bajo el peso de sus pasados infortunios, repartió á los pobres todos sus bienes, y corrió á encerrarse en la sombría celda de un

monasterio, segura de hallar en brazos de la oración el mejor calmante para sus cuitas.

Su joven prometido, desesperado y ansioso de vengar la muerte de su maestro, partió á las guerras de Italia, donde esperaba hallar al asesino, á quien buscó en Madrid por algun tiempo, sin ningun fruto.

Pero en tanto que Alonso corria lejos de la corte en su busca, Villamediana tornó á ella con motivo de la amnistía que en 13 de abril de aquel año publicó el nuevo monarca D. Felipe IV, y protegido por el favorito conde-duque de Olivares, empezó el vengativo conde á escupir de nuevo venenosas sátiras contra los ministros del anterior monarca.

Los primeros versos que escribió al llegar á Madrid son los siguientes, que corren impresos con sus poesías:

«Llego á Madrid, y no conozco el Prado;

Y no le desconozco por olvido,

Sino porque me consta que es pisado

De muchos que debiera ser pacido.

Vuélvome, voluntario desterrado,

Dejando á sus arpías este nido,

Ya que en mis propios escarmientos hallo

Que es mas culpa el decillo que el obrallo.»

Su descaro y su atrevimiento llegaron á tanto, que se granjeó la enemistad y el odio de todas ó casi todas las personas de la corte.

Pocos eran, pues, sus amigos, porque su pluma no hubo honra que no manchara, ni cosa por sagrada que fuese que no profanase.

Mas, á pesar de todo, el Rey le nombró su correo mayor, y la fortuna acarició con su aliento al orgulloso poeta, tanto, que, deseando solemnizar con una gran fiesta el cumpleaños del soberano, se encargó á Villamediana que escribiese una obra escénica para que se representase por lo mas escogido de la Grandeza.

El conde, cumpliendo su encargo, compuso una comedia en dos cuadros, que se llamaba *La gloria de Niquea*, la cual, con un aparato en extremo sorprendente y nunca visto hasta entonces, se representó con notable éxito en el jardin de la Isla en Aranjuez, donde se había levantado al efecto un suntuoso escenario, tomando parte en su ejecucion hasta los mismos Reyes.

Estas distinciones, unidas al carácter presuntuoso

y altanero del conde, á su agudo ingenio y á su gentileza y gallardía, le sacaron tan de quicio, que llegó á creerse el hombre de moda, el Tenorio de todas las damas de la corte.

Y fue tan lejos en su presuncion, que hasta se atrevió á poner sus amorosas miras en la misma esposa de su soberano, en la Reina Isabel de Borbon, llegando su descaro, segun afirman algunos, á presentarse en una mascarada con un traje recargado de piezas de á ocho, y mote que decia: *Mis amores son reales*.

Los cortesanos, enemigos en su mayor parte, como ya hemos dicho, del satírico poeta, empezaron á murmurar sin rebozo de su conducta, hasta tal punto, que aquellas hablillas llegaron á oídos del Rey Felipe, y ocasionaron, segun se descubre por el espíritu de algunos escritos de aquella época, la perdida del conde.

V.

Era el oscurecer de uno de esos dias de agosto en que el calor sofoca, y en que ni el mas ligero soplo de viento agita las hojas de los árboles.

Una multitud, ansiosa de respirar con libertad, afluia á la calle Mayor, que era por entonces uno de los puntos mas concurridos.

Un hombre cuidadosamente embozado, á pesar del escésivo calor de la noche, se encontraba oculto en lo mas oscuro de los soportales que hacen esquina á la calle de los Boteros.

Su inmovilidad, comparable solo con la de una estatua de piedra, contrasta notablemente con el bullicio y el gentío que ante sus ojos cruza.

De repente, y como movido por una fuerza oculta, lanza un grito imperceptible, y avanza hasta el centro de la calle en direccion á un carruaje ocupado por Villamediana y su íntimo amigo D. Luis de Haro.

El encubierto hace que el coche se detenga, y, llegando á los cristales, esclama:

—¡Tengo que hablaros, señor conde!

—¿Qué se os ocurre, pues? respondió Villamediana aproximándose á la portezuela.

—Devolveros, contestó el embozado mostrándole una daga, esta arma que perdisteis una noche, hace tres años, en esa calleja cercana.

Alonso se arrodilló á los pies del lecho, y se puso á orar; despues cubrió con una de las sábanas el cuerpo de su maestro, y abandonó la estancia con objeto de disponer que se le sepultara.

Descendió por la escalera, repasó el zaguan, y al abrir la puerta de la calle, un grito indescriptible se escapó de sus labios.

—¡Ana!... exclamó al encontrarse frente á frente con la jóven que en aquel momento se disponia á llamar.

—¡Alonso!... dijo ella precipitándose en el interior. ¡Y mi padre? ¿Qué es de mi padre? prosiguió con acento angustioso dirigiéndose acelerada á la escalera.

—¡Deteneos por Dios! replicó su prometido cerándola el paso. ¡Vuestro padre acaba de morir!...

—¡Cielos!... exclamó Ana, cayendo presa de un terrible accidente en los brazos del jóven.

III.

Apartemos la vista de tan doloroso cuadro, y pongamos al corriente á nuestras amables lectoras de lo que ocurrió á la desventurada hija del espadero desde que cayó en poder de sus raptos.

La litera fue conducida á casa del conde de Villamediana, que efectivamente era el encubierto á quien Andrés hirió en la mano obligándole á soltar la daga poco antes de recibir el pistoletazo causa de su muerte.

Allí recobró la jóven la razon, y como todos los esfuerzos del conde fuesen inútiles para vencer la acrisolada pureza de Ana, se la propinó un narcótico, á favor del cual cayó indefensa en los brazos de su raptor.

Pero el mismo dia que este crimen fue consumado, una escolta de ballesteros del Rey prendió al conde de orden de S. M., obligándole á salir de la corte á causa de haber escrito unas sangrientas sátiras contra el duque de Lerma, favorito á la sazón, y otros personajes distinguidos.

Este incidente inesperado motivó tambien que al amanecer del siguiente dia, y cuando Ana lloraba sin consuelo abrumada bajo el peso de su terrible infortunio, penetrase en su estancia un hombre, cubierto

el rostro con una mascarilla de terciopelo, el cual, entregándola un manto, la dijo:

—Vais á ser conducida á casa de vuestro padre; pero saldreis de aquí apoyada en mi brazo, con los ojos cubiertos, y sin desplegar los labios ni tratar de arrancaros el cendal hasta que se os avise. Si seguís en un todo estas instrucciones, no sufrireis daño alguno; pero como intenteis contrariarlas en lo mas mínimo, os partiré el corazon con la punta de mi daga.

Ana se quedó muda de espanto ante aquella amenaza terrible; pero ansiando verse en libertad cuanto antes, se cubrió con el manto, dejó que la vendaran los ojos, y asiéndose trémula del brazo de aquel hombre, salió de la estancia.

Al poco rato, y despues de descender por una escalera, oyó rechinar una puerta, y sintió el fresco de la mañana.

Entonces conoció que se hallaba en la calle.

—Cubríos bien, y marchad con seguridad, la dijo su conductor.

Ella obedeció, y despues de una media hora de camino, sintió que su acompañante la abandonaba, diciendo:

—Podeis descubrirlos, señora.

Ana se arrancó la venda, y se halló en la entrada de la calle de San Ginés.

Un embozado doblaba con rápida planta la esquina: era su conductor.

Las sombras de la noche huían, y el primer fulgor de la aurora coloraba apenas el azul crespon del cielo.

Entonces fue cuando la jóven se dirigió á la puerta de su casa, y se halló frente á frente con Alonso.

Lo demas ya lo hemos referido.

IV.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE.

Han trascurrido tres años desde los acontecimientos anteriores.

Ana, la desgraciada Ana, presa de una melancolía terrible, y abrumada bajo el peso de sus pasados infortunios, repartió á los pobres todos sus bienes, y corrió á encerrarse en la sombría celda de un

monasterio, segura de hallar en brazos de la oracion el mejor calmante para sus cuitas.

Su joven prometido, desesperado y ansioso de vengar la muerte de su maestro, partió á las guerras de Italia, donde esperaba hallar al asesino, á quien buscó en Madrid por algun tiempo, sin ningun fruto.

Pero en tanto que Alonso corria lejos de la corte en su busca, Villamediana tornó á ella con motivo de la amnistia que en 13 de abril de aquel año publicó el nuevo monarca D. Felipe IV, y protegido por el favorito conde-duque de Olivares, empezó el vengativo conde á escupir de nuevo venenosas sátiras contra los ministros del anterior monarca.

Los primeros versos que escribió al llegar á Madrid son los siguientes, que corren impresos con sus poesías:

"Llego á Madrid, y no conozco el Prado;
Y no le desconozco por olvido,
Sino porque me consta que es pisado
De muchos que debiera ser pacido.
Vuélvome, voluntario desterrado,
Dejando á sus arpias este nido,
Ya que en mis propios escarmientos hallo
Que es mas culpa el decillo que el obrallo."

Su descaro y su atrevimiento llegaron á tanto, que se granjeó la enemistad y el odio de todas ó casi todas las personas de la corte.

Pocos eran, pues, sus amigos, porque su pluma no hubo honra que no manchara, ni cosa por sagrada que fuese que no profanase.

Mas, á pesar de todo, el Rey le nombró su correo mayor, y la fortuna acarició con su aliento al orgulloso poeta, tanto, que, deseando solemnizar con una gran fiesta el cumpleaños del soberano, se encargó á Villamediana que escribiese una obra escénica para que se representase por lo mas escogido de la Grandeza.

El conde, cumpliendo su encargo, compuso una comedia en dos cuadros, que se llamaba *La gloria de Niquea*, la cual, con un aparato en extremo sorprendente y nunca visto hasta entonces, se representó con notable éxito en el jardin de la Isla en Aranjuez, donde se habia levantado al efecto un suntuoso escenario, tomando parte en su ejecucion hasta los mismos Reyes.

Estas distinciones, unidas al carácter presuntuoso

y altanero del conde, á su agudo ingenio y á su gentileza y gallardía, le sacaron tan de quicio, que llegó á creerse el hombre de moda, el Tenorio de todas las damas de la corte.

Y fue tan lejos en su presuncion, que hasta se atrevió á poner sus amorosas miras en la misma esposa de su soberano, en la Reina Isabel de Borbon, llegando su descaro, segun afirman algunos, á presentarse en una mascarada con un traje recargado de piezas de á ocho, y mote que decia: *Mis amores son reales*.

Los cortesanos, enemigos en su mayor parte, como ya hemos dicho, del satirico poeta, empezaron á murmurar sin rebozo de su conducta, hasta tal punto, que aquellas hablillas llegaron á oídos del Rey Felipe, y ocasionaron, segun se descubre por el espíritu de algunos escritos de aquella época, la perdida del conde.

V.

Era el oscurecer de uno de esos dias de agosto en que el calor sofoca, y en que ni el mas ligero soplo de viento agita las hojas de los árboles.

Una multitud, ansiosa de respirar con libertad, afflúa á la calle Mayor, que era por entonces uno de los puntos mas concurridos.

Un hombre cuidadosamente embozado, á pesar del excesivo calor de la noche, se encontraba oculto en lo mas oscuro de los soportales que hacen esquina á la calle de los Boteros.

Su inmovilidad, comparable solo con la de una estatua de piedra, contrasta notablemente con el bullicio y el gentío que ante sus ojos cruza.

De repente, y como movido por una fuerza oculta, lanza un grito imperceptible, y avanza hasta el centro de la calle en direccion á un carruaje ocupado por Villamediana y su íntimo amigo D. Luis de Haro.

El encubierto hace que el coche se detenga, y, llegando á los cristales, esclama:

—¡Tengo que hablaros, señor conde!

—¿Qué se os ocurre, pues? respondió Villamediana aproximándose á la portezuela.

—Devolveros, contestó el embozado mostrándole una daga, esta arma que perdisteis una noche, hace tres años, en esa calleja cercana.

Y, rápido como un relámpago, hundió el acero en el pecho del conde.

—¡Maese Andrés, ya estás vengado! exclamó el encubierto, perdiéndose entre la multitud que ocupaba la calle.

—¡Miserable! gritó de una manera angustiosa Villamediana saltando del coche, con ánimo de acometer al agresor.

Pero las fuerzas le faltaron, y vino al suelo diciendo:

—Esto es hecho.

Cuando D. Luis, apercibiéndose de la ocurrencia, quiso socorrer á su amigo, el conde era solo un cadáver, y un río de sangre brotaba de su ancha herida.

Su cuerpo fue recogido por la justicia, sin que fuera posible descubrir al matador, que no era otro que Alonso Mateo, que, recién llegado de Italia, ingresó en calidad de ballestero al servicio del Rey, resuelto á cumplir el juramento que hizo á su maestro.

Así terminó su vida Villamediana, dando entonces sobrada materia para que se ocupasen de su muerte casi todos los ingenios de la corte, que creyeron que una orden reservada del monarca armó la mano que cortó la existencia del correo mayor.

JULIAN CASTELLANOS.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del Campillo.

(Continuacion.) (1).

—¡Pues qué! le pregunté yo: ¿no se conocia el origen ni descendencia de esta niña?

—¡Qué ha de conocerse!... me contestó con énfasis mi compañero; cabalmente ahí está lo misterioso del cuento.

—Pues ¿cómo apareció en Peroni?

—Como la codorniz aparece en primavera; como la primera flor abre su pimpollo entre los valles.

(1) Véase el número anterior.

Tenga V. un poco de paciencia, y escuche V. el cuento tal como mi abuelo me lo contaba á mí.

—Ya escucho, y con satisfaccion, le respondí, porque ha llegado á escitar mi curiosidad.

Entonces mi compañero, despues de toser para tomar aliento, y reclinando la espalda en la segunda grada de la cruz de piedra, continuó:

—Las ruinas de ese castillo estaban convertidas entonces en un magnifico palacio, y en este lujoso palacio vivia la encantadora Sofia, con un caballero anciano y grueso que pasaba por tio suyo, y con varios criados y doncellas que la servian.

Si gallardo y elegante pintaban nuestros abuelos al jóven Arturo, muchos mas elogios hacian al ocuparse de Sofia: asegura la tradicion que tenia diez y ocho años, es decir, dos años menos que el hijo de D. Nuño; que era lánguida como los lirios del arroyo, flexible como los juncos de la fuente, y dulce como el primer resplandor de la aurora. Los antiguos no encontraban espresiones propias para pintar las gracias de su rostro, ni el brillo de sus ojos negros, ni sus dientes blancos como el rocío, ni sus cabellos lustrosos como el ala del cuervo; pero decian que sus sentimientos eran los de un ángel, y que no menos que Arturo se complacia en socorrer al desgraciado, por cuya cualidad, y por no conocer nadie su origen, la llamaban los aldeanos, como ya indiqué á V., el *Pájaro sin alas*, el *Ángel aparecido*.

Por este tiempo, Arturo amaba ya con delirio á Sofia, y Sofia á Arturo; nunca el uno se veia en parte alguna sin el otro; si por los ejidos se descubria paseando á Arturo, en seguida aparecia junto á él la hermosa Sofia, arrastrando por las margaritas de la pradera su larga falda de seda blanca. Si envuelta en negro velo entraba Sofia en misa, antes de llegar á la pila del agua bendita le presentaba Arturo, que allí se hallaba como por encanto, la mano mojada para rendirle aquel homenaje; y por la noche, cuando los aldeanos descansaban en sus humildes cabañas de la fatiga del dia, el hijo de D. Nuño, pulsando su laud con maravilla, cantaba tiernas trovas de amor, que la jóven misteriosa escuchaba desde su lecho de damasco.

Nadie hablaba en la aldea del futuro matrimonio de estos dos dichosos jóvenes, porque era una cosa

tan infalible para todos, y tan asentida por todos, que, como en ella no cabia duda alguna, jamás les habia ocurrido el afirmarla.

—Parecia, señor, el amor de estos dos jóvenes un arroyo cristalino que, naciendo en la fuente de la inocencia, se deslizaba blando por las flores de la vida, hasta llegar al mar de felicidad que le aguardaba; pero á veces las apariencias engañan, y en los inescrutables designios del Eterno se encierran juicios para el hombre incomprensibles.

—¿Qué quiere V. decir con eso? pregunté á mi compañero.

—Nada, señor; el cuento se lo diré á V.; pero aquí cortaban nuestros antepasados el hilo de la narracion para intercalar cuatro palabras sobre la aparicion de Sofía en Peroniel; y aquí lo cortaré yo tambien, porque, al referir semejante historia al forastero, nadie nos separamos un punto de la manera en que nos la referian á nosotros, cuando éramos niños, nuestros abuelos.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Lo que pone á prueba la imaginacion de las modistas, queridas lectoras, es la época de transicion entre dos estaciones, erizada de mil dificultades, pero á la que no dejan sin solucion las que figuran en primera linea para colmar las exigencias. Se varia porque la moda lo decreta, pero se hace suavemente y sin afectacion.

Ved si no algunas descripciones escogidas en un salon bien provisto.

Un sombrero de crespon blanco, adornado de blonda idem, sujeta con unas bridas de terciopelo pensamiento colocadas en medio del ala. La blonda se dispone formando punta. Dos plumitas blancas matizadas de pensamiento completan el adorno.

Una lindísima capota con el fondo de tul blanco y el ala fruncida de tafetan azul Napoleon; bavolet igual redondeado, cuya forma es sumamente graciosa. El interior se adorna de un pequeño verdor esmaltado de flores azules; un velito fijado cerca del copete con cabecilla de encaje bastante ancha para formar guarnicion, descendiendo sobre el ala.

Otra capota de tul negro á motitas tiene el bavolet de encaje, y un adorno en conexion mezclado de lazos de terciopelo encarnado ligeramente agrupados. El *bandeau* de terciopelo que guarnece el interior del sombrero lo retiene una cadena de azabaches y un lazo igual. Las bridas son de tafetan encarnado y negro.

Igualmente se ostentaban sombreros de luto, ejecutados con suma elegancia en tul y crespon perladados y con penacho.

Multitud de prendidos artísticamente adornados han invadido los almacenes donde se surte lo mas escogido de nuestras notabilidades en elegancia. Las *toquillas-pajes*, de que ya hemos hablado en otra ocasion, han alcanzado un éxito maravilloso.

Mirad qué modelos de adornos de sociedad tan encantadores.

Uno titulado *nieve*, se compone de campanillas blancas con cañas y gotas de agua. La cola que le acompaña se vuelve hácia atras dejando descender un *puff*, de donde se escapan yerbas diminutivas.

Un *puff* que se coloca sobre el lado, de cactus ceceza con follaje empolvado y gotas de agua.

Diademas pequeñas, compuestas de rosas de haya en nácar, con follaje de rubí de un efecto muy nuevo.

Puffs de narcisos de Escocia rosa, velados por racimos de lirios blancos. La cola pasa á manera de viés sobre el cabello.

Puesto que los *puffs* están en boga, podemos citar los adornos de ninfea (planta acuática) perlada de gotas de agua, unida á las yerbas escarchadas y á las ramas de coral, acompañadas de largas cañas que retienen una pequeña mazorca colocada hácia atras. Una concha de nácar bastante grande para atraer la atencion se fija independientemente al estremo de la rama de coral, y completa el efecto de un adorno estraido de las entrañas de los mares de Oriente.

Podeis ver, amables lectoras, si alguno de los siguientes trajes responde á vuestras exigencias.

Un pensamiento guarnecido de un encañonado de doce centímetros, sobre el cual se aplica un terciopelo negro picoteado de blanco. Este encañonado, colocado en dos vueltas, está encajonado de entredoses de guipure. Cabos de guipure guarnecidos de terciopelo negro y blanco se destacan de la cintura. El cuerpo tiene mangas algo entreabiertas, y forma gran aldetá por detras con adorno igual al de la falda.

Otro gris guarnecido de bandas pensamiento siguiendo el modelo citado. Los cabos pueden ser de tafetan recubiertos de encaje con viés de terciopelo. El cuerpo redondo tiene un bucle por delante y un lazo pompom por detras para retener los tres cabos.

Un traje de *pou-de-soie* pensamiento brochado de negro y oro con costuras abiertas sobre un fondo de tafetan negro. Cada abertura se guarnece de un plegado de tafetan negro. El cuerpo es redondo y las mangas de codo.

Otro de tafetan azul con la falda guarnecida de un volantito superado por dos gruesos ruches de encaje negro ondulado. Los centros se llenan de rosas de encaje. El cuerpo es de cintura y las mangas de codo.

Pasemos á la lencería.

Figuran en primera linea los cuellos lisos acompañados de pequeñas valonas plegadas. Ni mas ni menos que las valonas de los antiguos magistrados, adoptadas en nuestros dias por las mas seductoras elegantes. Estas valonas se guarnecen de encaje á cada estremo.

Los tocados de mañana en finísima tela con apli-

cacion de encaje, valenciennes ó guipure, son encantadores. Los hay con un sencillo guipure aplicado al borde.

¡Cuánto dicen al buen gusto las deliciosas gorras de mañana y los tocados algo mas guarnecidos para de noche! Dígalos si no una gruesa diadema de terciopelo pensamiento superada de cocas de tafetan descendiendo hacia atras en dos cabos desiguales.

Una gorra de blonda con fondo descendente y una guarnicion compuesta de encaje negro y de lazos punzó. El travesaño, negro y blanco, se estrecha sobre el fondo en medio de un terciopelo punzó que se anuda á la mitad.

La boga de los cuerpos abiertos pone en evidencia la lenceria de un gusto escepcional, como son los cuerpos blancos y los chalecos de esquisito gusto. Estas *toilettes* no se hallan á la debida altura sino en las primeras casas que se denominan *la flor del buen gusto*. Acariciaré el vuestro, mis bellas lectoras, sorprendiendo los secretos con que os he de presentar cual modelos *comm'il faut*.

Como se acercan las Pascuas, y con ellas vuelve la animacion y la vida á los salones casi desiertos en la pasada Cuaresma, os damos, bellas lectoras, con este número un precioso figurin de trajes de baile y comida; el de terciopelo color de guinda con pieles puede hacerse de raso ó glase, con los adornos de blonda blanca, y hará un efecto bellísimo.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE SOIRÉE.

Primera figura. Vestido de moine color de oro; en el bajo de cada paño de la falda hay tres bandas de encaje de Chantilly, redondeadas en los extremos y cogidas por un ramo de flores. Cuerpo escotado con draperia de tul. Una doble banda colocada de tras y delante forma cordon Emperatriz y se termina en largos cabos que caen sobre la falda. Hombros de flores. En los cabellos, grupos de flores mezcladas con encajes. Peine, collar y brazaletes ricos.

Segunda figura. Vestido de terciopelo color de guinda. Rodea el bajo de la falda una banda de armiño, remontando sobre cada costura un poco mas arriba de las rodillas. Cintura de terciopelo rodeada de una banda estrecha de armiño. Pequeñas mangas y draperias de tul retenidas sobre los hombros y sobre el pecho con broches de pedreria. Prendido de plumas y perlas. Sobre las plumas, que forman diadema, van colocadas unas mariposas de pedreria. Collar y brazaletes por el mismo estilo. Abanico Luis XVI.

Tercera figura. Vestido de tafetan rosa y blanco. Cuerpo escotado, adornado de una berta bullonada, que termina por un fleco de felpilla. En la cabeza, prendido de follaje de plantas acuáticas.

Cuarta figura. Vestido de raso color gris plata, adornado en el bajo de la falda por tres volantes de punto de Inglaterra, encima de los cuales cae una segunda falda de tul, cuyo bajo está guarnecido de tres órdenes de bandas de raso y tul formando tablero de damas, y en el extremo de cada cuadrito va colocada una pequeña borla de seda. Cuerpo escotado con berta reproduciendo la guarnicion de la falda. Prendido de terciopelo azul en forma de diadema, y grupo de flores sobre un lado.

ESPLICACION DEL GRABADO DE

CROCHET.

Este dibujo, que puede aplicarse para varios usos, está principalmente destinado para una colcha, ya para cama grande ó para cama de niño.

Es un trabajo pesado, pero que, despues de concluido y forrado con trasparente de tafetan de color, es magnífico y de una riqueza admirable.

Las señoras que tengan paciencia para emprenderle notarán que no es muy embarazoso, pues solo deben tener entre las manos un cuadrito de redequilla ó una tira de bordado inglés.

Los cuadros son de redequilla que fácilmente puede encontrarse hecha, y entonces el trabajo será menor, y de no, pueden hacerse de malla ó á crochet con algodón C. B., que no se debe confundir con el de Escocia, pues este último, siendo torcido, seria de un empleo mas difícil. Despues de hechos los cuadros á la medida del que nos sirve de modelo, se borda en ellos el dibujo á relleno con algodón laso. Se procede, pues, á la ejecucion de los cuadros pequeños y á las tiras de bordado inglés, que pueden hacerse en batista gruesa, y cuando se hayan hecho los suficientes para la estension de la colcha se procede á la union de ellos, colocándolos segun indica el modelo, pudiendo adornar toda la colcha con una puntilla de crochet ó con una guarnicion bordada á la inglesa. Los almohadones y las sábanas deben estar guarnecidos en el mismo género.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Ayuntamiento de Madrid

Quates del



Collar y
Luis XVI.